

XVII Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2019
Universidad Nacional de Catamarca

Mesa 92: Intelectuales y política en Argentina y América Latina. Proyectos transnacionales, emprendimientos editoriales y revistas político-culturales en el siglo XX

Pasión por los días laboriosos: intelectuales ante la clase obrera

Débora Cerio (Universidad Nacional de Rosario)

1. Las revistas de la “nueva izquierda”: un diálogo intelectual sobre la revolución y su sujeto

Una de las manifestaciones de la efervescencia intelectual y política desplegada en el bloque temporal sesenta/setenta fue la singular vitalidad experimentada por el mundo de las revistas de izquierda. Indisociable de la renovación de la universidad y el desarrollo de una industria cultural a la cual en los años posteriores a la caída del peronismo habían comenzado a acceder sectores más amplios de la sociedad, la multiplicación de ese tipo de publicaciones se nutrió de la expansión de los auditorios dispuestos a escuchar explicaciones que contribuyeran a dar significado a lo que experimentaban como una etapa de cambios (Rubinich, 2003).

Al tiempo que el marxismo dilatava sus zonas de contacto con los circuitos de consumo cultural, la hegemonía del Partido Comunista en torno a la cultura marxista comenzaba a ser cuestionada. Es el contexto en el que núcleos de intelectuales que buscaban disputar ese monopolio simbólico y actualizar el pensamiento de las izquierdas a los desafíos que planteaba una realidad en proceso de ebullición intervinieron, por fuera de los ámbitos de difusión cultural de los aparatos partidarios, en las controversias propias de una temporalidad densa en prácticas y discursos que en distintas geografías se orientaban al cambio radical. Intelectuales que ingresaban al debate público al margen de la izquierda tradicional o rompiendo con ella articularon en torno a diversas revistas un espacio de producción y circulación de ideas en torno a la política y a los vínculos que con ésta podían entablar como sujeto colectivo (Terán, 2013; Sigal, 1991; Tarcus, 1996). Tales discursos participaron de batallas ideológicas, por el uso legítimo de las ideas marxistas, pero dialogaban con el campo de la cultura, en la medida en que su interlocutor privilegiado se inscribía en los “círculos letrados”, allí “donde se reclutan no sólo los mismos intelectuales, sino también a veces los líderes revolucionarios” (Marsal, 1966: 299).

Las revistas se constituyeron así como ámbitos de sociabilidad específicamente intelectual que, lejos de permanecer impermeables a las importaciones de lo político, se vieron íntegramente atravesados por las discusiones generadas en esa esfera. Si, como ha planteado Beatriz Sarlo, “publicar una revista quiere decir «hagamos política cultural», cortemos con el discurso el nudo de un debate estético o ideológico” (Sarlo, 1992: 9), ese gesto adoptó modulaciones diversas, cada una de las cuales expresó pulsiones específicas hacia la ocupación de un territorio determinado, intenciones propias en relación a la decisión de hacer “política cultural” y a la preocupación por determinadas problemáticas en lugar de otras. Pero, al mismo tiempo, las revistas de una “nueva izquierda intelectual” se convirtieron en instrumentos privilegiados de la conjunción entre crítica cultural y polémica política. De ese modo, en el espacio de producción y circulación de discursos articulado en torno a ellas se distribuyeron las referencias de un diálogo polémico acerca del problema político del momento, el de la revolución, que involucró la

reflexión sobre la propia práctica de los intelectuales como parte sustantiva de la trama en la que ésta habría de desplegarse.¹

Se ha recuperado la noción de “diálogo” de la concepción bajtiniana del lenguaje como “flujo de acciones discursivas entrelazadas e interdependientes, cada una de las cuales siempre está orientada hacia un otro, hacia su escucha y contestación” (Sisto, 2015: 10). Según el teórico ruso, la palabra es puesta en circulación para producir intercambios; los sentidos se producen en esa dinámica dialógica de voces, “que representan posiciones éticas e ideológicas diferenciadas en una conjunción e intercambio continuo con las demás voces” (Bubnova, 2006: 100)². Así, los sentidos de los posicionamientos intelectuales alojados en esas publicaciones se construyen como respuesta a algo dicho antes y son algo que puede ser respondido. Dice Bajtín: “Llamo sentidos a las respuestas a las preguntas. Lo que no responde ninguna pregunta, para nosotros carece de sentido.” (Bajtín, 1982: 350). Es un haz de preguntas que refiere a los que fueron problemas medulares de la cultura de izquierdas durante los sesenta/setenta el que aclara las tramas discursivas que componen dicho espacio.

En primer lugar, el entusiasmo despertado por la Revolución cubana y la irrupción del “tercer mundo” puso a la orden del día una interrogación que en amplias regiones del planeta confrontaba la doctrina oficial soviética de la “coexistencia pacífica”: ¿qué posibilidades existían de proyectar esas experiencias en las condiciones específicas de la realidad argentina? y ¿por medio de qué vías? Una hipótesis socialista de revolución que desmontaba la lógica “etapista” de la proposición comunista –según la cual ésta requería de un momento previo de maduración del desarrollo capitalista por medio de una revolución democrático burguesa, agraria y antiimperialista– se volvió audible en una amplia zona del espacio político-intelectual, hasta devenir sentido común a propuestas diversas, incluso contrastantes. Por otro lado, parecía claro que en un país como Argentina la clase obrera sería el componente central de la articulación de fuerzas sociales que debía conducir esa transformación, de su sujeto, pero el hecho de que su conciencia se ligara a un fenómeno político situado en la vereda opuesta a las ideologías provenientes del tronco marxista, el movimiento peronista, seguía pendiente de resolución. Preguntas a las que aun no se habían dado respuestas satisfactorias en el terreno de la acción política persistieron como incitación común a los núcleos intelectuales que participaron de ese diálogo: ¿podría el proletariado constituirse como sujeto de esa revolución?, ¿qué circunstancias debían

¹ Este trabajo se inscribe en una investigación situada en la perspectiva de una historia de las ideas políticas. En ella se ha recuperado la noción de “nueva izquierda intelectual” para definir un heterogéneo conjunto de grupos culturales que, a través apropiaciones diversas de la tradición marxista, se situaron en una relación de confrontación con los postulados teóricos, políticos y estratégicos de distintas organizaciones de la izquierda existente y buscaron producir un tipo particular de intervención política desde y hacia el campo cultural. Si alguna unidad existe en ese territorio accidentado, que no puede pensarse sin referencia al concepto de “generación” (Altamirano, 2011: 69-73), ésta es el efecto de una serie de “preguntas comunes de un tiempo compartido”, aunque frente a ellas se hayan ensayado “respuestas plurales” (Dosse, 2006: 47) y a partir de allí surgieran disputas. Si, como ha planteado Quentin Skinner, “no *hay* ninguna historia de la idea que deba escribirse, sino tan solo una historia necesariamente concentrada en los distintos agentes que usaron la idea y en sus diversas situaciones e intenciones de usarla” (Skinner, 2000: 179), el espacio de producción y circulación de discursos articulado en torno a revistas como *Pasado y presente*, *La rosa blindada*, *Revista de la liberación*, *Literatura y Sociedad*, *Fichas de investigación económica y social*, *Nueva Política*, *Revista de Problemas del Tercer Mundo*, *Los libros*, constituye uno de los contextos posibles para reconstruir los sentidos de la revolución, los que los intelectuales pusieron en juego en el proceso de dirigirse a la comunidad subjetiva que imaginaron, aquella por la que buscaban ser escuchados, su público ideal.

² Como subraya la autora, “voz” no refiere en Bajtín a una emisión vocal sonora sino a la memoria semántico-social depositada en la palabra.

producirse para dar cauce al proceso?, ¿a través de cuáles formas la intervención política de los grupos de izquierda habría de resultar exitosa?

La presente ponencia historiza los discursos que en ese espacio dialógico aludieron a la constitución política del sujeto revolucionario: los sitúa en su contexto de producción y ubica los supuestos que hicieron posible el diálogo y a partir de allí la confrontación de perspectivas. Con ese objetivo, se examinan los diversos contenidos y contrastantes sentidos desplegados en torno a un reconocimiento común: que el desarrollo industrial y el crecimiento del proletariado producido en las décadas anteriores situaban a éste como el único sector social capaz de asumir un rol protagónico en la conducción de una revolución que uniera a las tareas democráticas y nacionales las socialistas.

De ese modo, cuando toda la actividad teórica y práctica de las organizaciones de izquierda parecía haber revelado su impotencia en relación a la construcción de una dirección política que pudiera ligarse efectivamente al sujeto social de la revolución, los intelectuales hicieron valer para sí mismos cierto rol esclarecedor, señalando con ello una crisis de los lugares de enunciación legítimos, el partido y la ortodoxia doctrinaria, y procurando hallar desde fuera de ellos las respuestas que a su juicio éstos no poseían. A partir de esa recolocación, en permanente búsqueda de un anclaje social y político para su discurso, las revistas produjeron representaciones que pugnarón en el escenario político de los sesenta/setenta.

Una de las hipótesis en torno de las cuales se ha delineado la investigación de la que forma parte este trabajo es que este bloque temporal define una “época con un espesor histórico propio y límites más o menos precisos, que la separan de la constelación inmediatamente anterior y de la inmediatamente posterior, rodeada a su vez por umbrales que permiten identificarla como una entidad temporal y conceptual por derecho propio” (Gilman, 2003: 36). No obstante, al interior de esa continuidad ésta procura hallar los desplazamientos y las rupturas en términos de los problemas, las ideas, los discursos, que condensan lo característico de cada uno de esos momentos. La presente ponencia se concentra en el período que va desde los primeros años de la década del '60 hasta el Cordobazo, en el que el diálogo intelectual sobre el sujeto revolucionario discurrió vinculado a preocupaciones eminentemente teóricas. Atravesada por un proceso explosivo de activación obrera que objetivamente se dirigió contra el sistema, la etapa abierta en el año 1969 constituiría la atmósfera de una efectiva mutación del paisaje de lo visible, de lo decible y de lo pensable (Rancière, 2010: 9)

2. La experiencia peronista y la clase obrera realmente existente

La manifestación de los trabajadores como sujeto colectivo durante los gobiernos peronistas fue canalizada y organizada por un movimiento que, al tiempo que les ofrecía soluciones viables para sus problemas a través de una inédita política de concesiones y cuestionaba un conjunto de sentidos aceptados sobre las relaciones sociales, las formas de deferencia y los acuerdos acerca de lo que se podía discutir y expresar legítimamente, ponía de relieve valores que, como la conciliación de clases y el paternalismo resultaban decisivos para la reproducción de las relaciones sociales capitalistas (James, 1990). Esta contradicción constituyó un problema de difícil resolución para las fuerzas de izquierda que se consideraban voceras y portadoras de los intereses de la clase obrera y pugnaban por su lealtad. En la medida en que deducían sus juicios de una postura doctrinaria, asumían de ella una definición esencialista, que la dotaba de similares atributos en diversas situaciones históricas, y actuaron en torno al supuesto de un proletariado “desviado”: dominado por la ideología burguesa y manipulado por políticos demagógicos y burócratas sindicales.

Con el correr de los años que siguieron al golpe de estado de 1955, las izquierdas debieron enfrentarse a esa cuestión, que refiere al proceso de subjetivación política de la clase obrera y las alternativas que éste puede ofrecer en distintas circunstancias históricas. Quedaría claro en ese transcurso que aquello que el peronismo había generado en la conciencia obrera era algo más que el desvío momentáneo respecto de la realización de un supuesto designio histórico. Suprimidas las condiciones que a juicio de la izquierda lo habían hecho posible –la imposición autoritaria, la demagogia–, la clase no retomó el camino de una práctica política afín al marxismo. Lejos de ello, ésta reivindicó plenamente el retorno a ese pasado, alrededor del cual parecía condensarse todo un universo de símbolos culturales y sociales profundamente sentidos en sus vivencias cotidianas. Ese dato de la realidad dejó sus marcas en la reflexión del arco de la intelectualidad marxista que se expresó en las revistas de la nueva izquierda.

En la percepción de una oposición entre la clase obrera real y el modelo que la izquierda había construido de acuerdo a una expectativa teórica, la trama discursiva articulada en torno a éstas sintetiza significados compartidos entre quienes allí ponen en circulación sus ideas y posiblemente también entre sus lectores virtuales. El 17 de octubre de 1945, en tanto acontecimiento simbólico de la manifestación política de un sujeto en cuya fisonomía se había operado una transformación profunda, evidenció categóricamente ese contraste, que aparece condensado de modo ilustrativo en una reflexión de Ricardo Piglia. En el ensayo introductorio de *Literatura y sociedad*, que se abría reiterando una comprobación muy común en las revistas político-culturales, la de una fractura entre los intelectuales de izquierda y las masas populares, éste señalaba que todo el frente intelectual liberal, del que formaban parte socialistas y comunistas, había esperado la confluencia con un “Proletario digno, bien educado, no el «cabecita negra», que se lava los pies en las fuentes de Plaza de Mayo” y, fantaseado “una idílica manifestación jubilosa conducida por los intelectuales, en la que, tomados de las manos, obreros educados y cultos marchaban junto a los «Ilustrados», entonando la Internacional y el Himno”. Sin embargo:

Cuando el proletariado real aparece en la calle cantando «Los muchachos peronistas», las imágenes se distorsionan, la realidad es molesta, aplastante. El proletariado al que habían estado hablando durante años se había esfumado, repentinamente. En su lugar encuentran una clase obrera bochinchera, violenta, que extrae valores y símbolos de sí misma. (Piglia, 1965: 3)

La identificación de esa cesura llevaba implícita una interrogación sobre el dinamismo revolucionario de la movilización obrera generada por el peronismo. Más o menos proclives a responder positivamente a esa pregunta, coincidieron sin embargo en que la integración de esa clase real y concreta a una fuerza ideológicamente burguesa evidenciaba la carencia de una conciencia clara de sus propios intereses. Dicha realidad no podía soslayarse a esa altura pero era imprescindible pensar sus causas. En esa búsqueda, marcaron la distancia con una izquierda que, como planteaba José María Aricó, había sido incapaz de “considerar al hombre real y concreto, con sus miserias y sus virtudes, al proletario de Avellaneda o Tucumán, y no al Obrero con mayúscula, que sólo expresa una pobre abstracción conceptual” (Aricó, 1964: 259-260). Independientemente de su significado, este acontecimiento había señalado el inicio de un nuevo momento político, que ponía en escena usos contrastantes de la potencia obrera. Por ello, la izquierda debía asumir sus rasgos tal y como se presentaban ante una observación sin presupuestos. Incluso quienes negaban todo contenido clasista a esa movilización sostenían que el análisis de la situación del proletariado debía partir del reconocimiento de sus características objetivas. Para Milcíades Peña, el Partido Comunista se equivocaba al decir, como lo hizo en la edición de *Orientación* del 24 de octubre de 1945, que no habían sido “auténticos obreros

argentinos” quienes se expresaron el 17 de octubre: la que estuvo en las calles fue, justamente, una clase que “no es ni evidencia propensión a devenir a corto plazo un agente de cambio histórico” (Parera Dennis, 1964: 69 y 72-73).

La aparición de ese proletariado “anómalo” impugnaba el paradigma que la izquierda había construido a partir de la experiencia germinada en las primeras asociaciones gremiales, formadas por inmigrantes europeos que trajeron consigo las ideas de la emancipación proletaria y alrededor de la cual habían nacido en el país el anarquismo, el socialismo y el comunismo: la experiencia de varones, blancos, formados en la vida urbana y la disciplina del trabajo manufacturero, en la solidaridad colectiva conducida por principios clasistas y en el respeto a las normas organizativas que éstos promovían. Y mostraba que una etapa del despliegue histórico de ese proletariado había concluido con la irrupción del peronismo. Pero comprobar la solidez del vínculo que existía entre la clase obrera y la ideología peronista era sólo el punto de partida de un debate del cual se esperaba que contribuyera a discernir las posibilidades concretas de superar lo que percibían como conciencia falsa, distorsionada. Lo posible se tornaría visible y realizable sólo a partir de la constatación de lo existente.

¿Por qué motivos la ideología marxista había prendido tan débilmente en el proletariado, su acción cotidiana no evidenciaba signo alguno de superación del nivel económico-corporativo y el diseño de un proyecto alternativo al de la sociedad que debía ser reemplazada no estaba todavía planteado en la praxis social? Este campo de interrogaciones, movilizador de un eje central de esos emprendimientos culturales, reenviaba inmediatamente a la cuestión peronista, y fundamentalmente a los procesos de masas a los cuales ella había dado lugar, porque en su correcta interpretación parecía cifrarse para la izquierda la posibilidad de interpelar a la clase obrera. Si compartieron la idea de que el gesto reclamaba a la imaginación política la capacidad de sustraer al marxismo de las apropiaciones de que había sido objeto, sus posicionamientos buscaban también prescribir su uso legítimo, el que les permitiría comprender esa realidad esquivada y desde allí lanzar las apuestas sobre lo que estaba en disputa: la conciencia de un sujeto social, el que debía conducir la revolución.

Sus interpretaciones se ubicaron en un arco de posiciones en el que las referencias intelectuales se superponen, en la medida en que reelaboran ideas disponibles en el escenario político-cultural. Gino Germani, quien en su escrito de 1956 “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo” –publicado en la antología *Política y sociedad en una época de transición* en 1962– desarrolló la tesis de que el peronismo había sido resultado del proceso de crecimiento industrial que se iniciara al promediar la década del '30, invocaba una segmentación determinada por el momento en que diferentes contingentes de trabajadores se habían integrado a la vida urbana y al trabajo en la manufactura para explicitar el rasgo diferencial del proletariado peronista: su reciente formación a partir de las migraciones del campo a la ciudad (Germani, 1962).

A la pregunta por los orígenes del peronismo se adhería en esas revistas una representación de amplia circulación en la cultura de izquierdas: la de una “nueva clase obrera” que se hallaba disponible. Esta representación indica un punto de confluencia del campo político-intelectual en los primeros sesenta, según el cual el peronismo había anclado en los trabajadores como efecto de una falta: la de una organización capaz de integrar a la clase obrera a un proyecto de raigambre marxista. El fracaso socialista y comunista en la tentativa de ligarse a ese sector del proletariado en proceso de expansión acelerada quedaba asociado invariablemente a una política estrechamente plegada a la de la burguesía y el imperialismo: la Unión Democrática había sido la consumación de esa ruptura. Fuera porque la consideraran una deliberada apuesta contrarrevolucionaria o

porque vieran en ella el resultado de la ceguera interpretativa frente a los elementos peculiares de la realidad nacional y sus conflictos, intelectuales marxistas con sesgos ideológicos y políticos muy diferentes podían igualmente atribuir a estas organizaciones la principal responsabilidad por el fracaso en lograr que el movimiento obrero resolviera las tareas que le planteaba la historia (Aricó, 1965; Medinabeytia, 1964; Pannunzio, 1963; Parera Dennis, 1964; Piglia, 1965; Portantiero, 1963 y 1964; Rubinstein, 1965; Speroni, 1964; Vazeilles y Viñas, 1968).

Por cierto, también el socialismo y el comunismo habían desarrollado un módulo explicativo a partir de la distinción entre la “vieja” y la “nueva” clase obrera. Pero en la óptica de las revistas de la nueva izquierda el problema de la disponibilidad no se planteaba, como para estas organizaciones, en relación a una cuestión moral o pedagógica. Por esa razón, no pusieron el foco del desencuentro en la falta de educación de la clase obrera, o en su carencia de experiencia sindical y política. Buscaron, por el contrario, reponer el contexto de su intervención en una coyuntura específica, en la que convergieron procesos de diversa índole. Para Juan Carlos Portantiero la lectura del peronismo en tanto episodio de la antinomia entre democracia y fascismo clausuraba analíticamente

el conflicto real que para la sociedad argentina suponía el crecimiento industrial con la aparición de nuevas clases; la necesidad inevitable que esas clases tenían de participar en la conducción del Estado; la caducidad, en fin, de una estructura de poder que se sostenía residualmente, frente a la emergencia de nuevas fuerzas sociales” (Portantiero, 1964: 85).

Desde la óptica de Milcíades Peña, el resultado inevitable de ese yerro estratégico había sido “la desmoralización de la clase obrera organizada, la extinción de su espíritu de lucha y la indiferencia y el desarraigo por parte de los obreros recién llegados a la industria.” (Parera Dennis, 1964: 60).

La intervención en ese debate adquiriría entonces un sentido específico: el pasado inmediato devenía continente del cual extraer indicios para plantear las líneas posibles de su movimiento hacia el futuro. Desde allí era posible legitimar una mirada sobre el presente que permitiera disputar a otras posiciones políticas un programa para lograr la efectiva vinculación con la clase obrera peronista. Si era evidente que este sujeto constituía el efecto de un entramado histórico, de las transformaciones suscitadas por el ciclo de desarrollo industrial que había tenido lugar en el período de entreguerras, la preocupación por examinarlo se articuló a través de diferentes esquemas de lectura en torno a la configuración local del capitalismo, sus clases sociales y las relaciones de fuerza entre ellas. Sin embargo, todas las variantes movían el cursor hacia las contradicciones generadas por ese proceso, que sometidas al equilibrio estatal habían dado lugar a un tipo particular de liderazgo político.

En sus escritos sobre la sociedad francesa del siglo XIX Karl Marx describió al gobierno de Luis Bonaparte como la expresión de una forma de dominación política que logró garantizar el orden burgués apartando a la burguesía del control directo del Estado. En una situación de crisis aguda, en la cual los partidos tradicionales habían perdido la capacidad de canalizar las aspiraciones en conflicto de diferentes clases o fracciones de clase, el Estado, a través de un liderazgo carismático sostenido en el Ejército, se ubicó por encima de todas ellas para sostener la dominación burguesa sobre el conjunto social (Marx, 1973). La asociación del peronismo a esta categoría circulaba en la cultura de izquierdas desde los mismos orígenes de la disputa interpretativa suscitada en torno al fenómeno. Silvio Frondizi, Nahuel Moreno y Jorge Abelardo Ramos ya la habían recuperado para rivalizar con la caracterización de la izquierda socialista y comunista (Frondizi, 1957; Moreno,

1949; Ramos, 1965). En diálogo con segmentos específicos de esas elaboraciones, las revistas de la nueva izquierda presentaron variaciones sobre el tema que articulaban diferentes perspectivas sobre el contenido de clase del peronismo.

La *Revista de la liberación, Literatura y sociedad*, los emprendimientos ligados a Viñas, *Nueva Política* y *Revista de problemas del tercer mundo* y el grupo nucleado en torno a *Pasado y Presente*, interpretaron al peronismo como expresión de sectores de la burguesía industrial de un país atrasado, que por haber llegado tarde a la competencia en el mundo capitalista y por estar ligados a un mercado interno reducido, eran incapaces de promover, desde abajo, un desarrollo autónomo. En esta clave, interpretaban al bonapartismo peronista como un intento de hacerlo desde arriba. Gracias a la favorable coyuntura económica que caracterizó a la etapa pudo realizar una política de concesiones económicas hacia los grupos sociales a los cuales convocaba, principalmente la clase obrera, lo que le permitió movilizarla para ensayar un proyecto de desarrollo nacional, ciertamente tímido y limitado, ya que nunca se aventuró a generar las condiciones necesarias para la plena expansión del mercado interno a través de la modificación de la estructura agraria y la superación de la situación de atraso en la que subsistían regiones enteras (Aricó, 1964; Pannunzio, 1963; Piglia, 1965; Portantiero, 1963 y 1964; Speroni, 1963; Viñas, 1965 y 1968).

Fichas, por su parte, alzó una voz disonante en ese concierto de interpretaciones. Para Milcíades Peña el bonapartismo peronista oscilaba entre una fuerza históricamente progresiva, el proletariado, y una burguesía que en su conjunto estaba comprometida en el sostenimiento de la estructura agro-ganadera del país: sus sectores agropecuarios e industriales, estrechamente ligados entre sí y ambos al capital extranjero. Desde su punto de vista, Perón utilizó las excepcionales condiciones de la economía argentina para otorgar a la clase obrera un conjunto de mejoras que le permitieron servirse de su fuerza para resguardar la Argentina tradicional y semicolonial, incluso a pesar del conjunto de la burguesía, a la cual exasperaba con su discurso y sus medidas favorables a los sectores populares. Lejos de proponer una incluso tibia oposición a la dominación oligárquico-imperialista mediante una expansión autónoma de las fuerzas productivas, el líder bonapartista prolongó desde el gobierno esa política de estancamiento económico y sumisión al capital extranjero (Parera Dennis, 1965: 21).

Un dato común a todas estas interpretaciones es que describen una situación de equilibrio negativo, en la cual ni la burguesía ni el proletariado se hallan en condiciones de impulsar la conquista de sus propios intereses y hacerse cargo del poder para dar lugar a una nueva forma social. El peronismo habría sido un paréntesis que concentró el poder en el aparato estatal y utilizó la fuerza obrera como sostén de objetivos burgueses, inaugurando así una etapa de relativa estabilidad que contuvo las manifestaciones del enfrentamiento entre las clases. Si la posibilidad de una salida burguesa progresiva a esa crisis todavía irresuelta se descartaba de plano, fuera ello porque consideraran que el peronismo nunca había sido una alternativa real en este sentido o bien que éstas se habían agotado definitivamente con él, el problema que quedaba planteado refería a la subjetividad de la clase obrera: ¿cómo anudar la política transformadora a un proletariado cuyo vínculo con esa experiencia histórica se revelaba difícil de conmovir? En este sentido, la atribución de diversas significaciones a la experiencia peronista reactivaría diferentes representaciones en torno a su legado y los usos posibles de éste hacia el futuro.

3. La producción de una nueva subjetividad obrera: el legado de la experiencia peronista y sus usos políticos

Un amplio sector de la izquierda intelectual recogió la interpelación del peronismo, en tanto sensibilidad cuyo arraigo en la conciencia obrera se presentaba como un punto de partida para aglutinarla en torno a las ideas socialistas. De modo transversal a distintas publicaciones puede seguirse un eje que ubica como la principal causa del alejamiento de la izquierda respecto de la clase que estaba destinada a conducir la transformación estructural de la sociedad a la oposición entre el internacionalismo abstracto que había conducido su línea política y las motivaciones, imágenes y representaciones que habían organizado la efectiva irrupción de las masas en la historia argentina.

La posibilidad de transformar una sociedad periférica, cuyo tiempo histórico no podía subsumirse al de los países explotadores, residía en la capacidad de plantear y resolver los problemas de la realidad argentina, tanto en su pasado como en su presente. Las revoluciones del siglo, de Rusia a China, de Indochina a Yugoslavia, de Cuba a Argelia, habían demostrado que el marxismo requería una traducción nacional, que las realidades concretas no se adecuaban a modelos, que éstos necesitaban ser confrontados con la experiencia de un país dependiente, comunidad particular del “tercer mundo”, una geografía donde los procesos revolucionarios tendían a nacionalizarse. El tránsito al socialismo ya no estaba motivado principalmente por la lucha de clases al interior de los países imperialistas sino que se integraba al devenir del conflicto nacional entre el mundo metropolitano y el mundo colonial (Portantiero, 1965: 15-18).

Esta zona conectó distintas publicaciones interesadas en la confluencia con las expresiones populares del nacionalismo, consideradas decisivas en el proceso de subjetivación de un proletariado real, con posibilidades concretas de enfrentamiento con el sistema. La *Revista de la liberación*, *Literatura y sociedad*, los emprendimientos ligados a Ismael Viñas, *Nueva Política* y *Revista de problemas del tercer mundo*, y algunos segmentos del grupo nucleado en torno a *Pasado y Presente* concluyeron en tal sentido que la izquierda debía situarse en la perspectiva del pueblo-nación y asumir que en un país dependiente el momento nacional constituía un episodio fundamental en el proceso de su subjetivación política. Avanzar en la constitución de un sujeto político revolucionario suponía como condición necesaria la recuperación de aquello que el movimiento nacional tenía de progresivo, no para aceptarlo en bloque y fundirse en él sino para definir para la clase obrera y sus aliados un rumbo independiente del que habían transitado hasta entonces, el de la burguesía.

Así, advertían que la izquierda que era preciso construir debía superar la situación de la izquierda existente, que había definido toda su práctica revolucionaria a partir de la importación de un esquema teórico válido para la realidad europea. Esto la había colocado ante un dilema, porque el tipo de revolución que asumía como destino era inalcanzable en las condiciones ofrecidas por un marco histórico concreto, en la medida en que la conciencia de la clase que debía convertirse en sujeto de ese proceso no podía conducirse según esos modelos, pues se hallaba atravesada por los intereses y las aspiraciones que surgían de su propia experiencia. El desajuste entre la izquierda y las fuerzas motrices de la revolución se ligaba a la imposibilidad de la primera para traducir en una línea política las necesidades económicas, sociales y políticas de las segundas, correlato de su desconocimiento de la estructura económico-social, las relaciones entre las clases y las contradicciones fundamentales y derivadas que emergían del análisis de la historia nacional. Fue esto lo que le impidió a la izquierda identificar el carácter coyunturalmente progresivo de la naciente burguesía industrial y, en consecuencia, diseñar hacia el proletariado una política que acompañara de forma crítica la respuesta que éste había ofrecido espontáneamente al proceso iniciado en 1943. El peronismo había anudado con dichas clases un vínculo duradero justamente porque logró sintetizar esa experiencia,

confundiendo en un movimiento populista los intereses de la burguesía y del proletariado industrial. De ese modo, neutralizó los aspectos más explosivos de sus conflictos, arrebatándole a la izquierda la posibilidad de subordinar a una estrategia socialista la fase nacional y democrática de la lucha (Pannunzio, 1963: 41-43; Portantiero, 1964: 18-20).

Por medio de esa operación, la clase obrera quedaba señalada como encarnación de unos intereses, los que enfrentaban a las fuerzas de la nación con la oligarquía y el imperialismo, cuya potencia la izquierda no había sabido interpretar y convocar pero el peronismo sí. De ese modo se había consumado la separación entre los grupos revolucionarios y las masas, quedando éstas supeditadas a los límites de una política burguesa. Para la intelectualidad marxista, aquello que los trabajadores habían expresado al sostener ese proyecto, ahora contenido por una dirección que en el mejor de los casos llevaría sus impulsos hacia el reformismo, podía ser rescatado para el campo revolucionario.³

Si un proletariado en disponibilidad se había integrado como aliado subordinado a la vanguardia nacionalista burguesa debido a la inexistencia de una vanguardia socialista revolucionaria que supiera aprovechar la oportunidad, la pregunta que surgía inmediatamente era cómo construirla y consolidarla. Y, dadas las circunstancias históricas en que había tenido lugar ese proceso, la única vía posible para sustraer a la clase de su alienación debía trazarse integrando la dimensión nacional al proyecto emancipatorio a través de una crítica superadora de la ideología del nacionalismo burgués. Como se explicaba en uno de los editoriales de la *Revista de problemas del tercer mundo*, ante el peronismo, como también ante el “radicalismo histórico”, era preciso “valorar y exaltar sus más auténticos componentes nacionales y antiimperialistas, pero sin olvidar sus carencias y sus límites en tanto movimientos burgueses o movimientos proletarios que han desbordado la dirección burguesa sólo espontáneamente y que van gestando núcleos revolucionarios” (*Revista de problemas del Tercer Mundo*, 1968: 7).

Cuando la realidad se observaba desde el prisma nacional, como proceso histórico singular que no podía ser analizado “desde afuera, con una acción separada del movimiento de la historia sino como un aspecto más de ese movimiento, expresión de un sujeto activo en la realidad”, inmediatamente aparecía la evidencia del papel movilizador que había tenido el peronismo, sublevación concreta de un proletariado real, uno de los caracteres originales del camino revolucionario que podía proponerse en el país (Piglia, 1965: 9; Viñas, 1965: 32), “la espontaneidad nacionalista y revolucionaria” cuyo desarrollo podría permitir estructurar “una fuerza orgánica que tome hasta el fin las tareas de la transformación socialista de la Argentina” (Portantiero, 1965: 18)

Por lo demás, no tenían dudas acerca la imposibilidad de lograr la autonomía nacional por fuera del socialismo. Era esta certeza la que ponía de manifiesto un supuesto básico en la reflexión de esta zona de la izquierda marxista, es decir, que entre el nacionalismo burgués y el nacionalismo obrero subsistía una fractura motivada por los fines históricos específicos de cada una de esas clases. En una reseña a *Sindicatos y poder en la Argentina* (Carri, 1967), Ovidio Palassoli dirigía a su autor la crítica que articulaba la disputa con el populismo, esto es, que negaba la existencia de una ideología propia del proletariado, enfrentada a la de la burguesía. De allí, planteaba, nacía una equivocada interpretación del movimiento peronista: “cuando en un país dependiente se hace abstracción de la lucha de

³ Silvia Sigal ha indicado que, no pudiendo ya desconocer la realidad política del peronismo obrero, la intelectualidad marxista lo visualizó como “defensa nostálgica o como reacción frente a la política gubernamental”, expulsando de su universo simbólico “la adhesión actual y viviente de los peronistas a la persona de Perón, la eficacia de sus órdenes y el complejo sistema de sus representantes” (Sigal, 1991: 185-186).

clases, es casi natural confundir el carácter positivo o revolucionario del nacionalismo burgués para caer en el seguidismo respecto de su política” (Palassoli, 1968: 97). Los límites del proyecto de una burguesía que buscó el desarrollo capitalista local se tornaban evidentes cuando se observaba que el país seguía siendo una semicolonía. Y es que el nacionalismo burgués era una política tan impotente como la clase a la que expresaba, por lo cual la liberación nacional demandaba el avance de la conciencia del proletariado y que éste se integrara a una organización política independiente.

Por esa razón, más o menos críticos del peronismo, entendieron que éste había propuesto los símbolos que movilizaron a los trabajadores durante un amplio período. La clase vivía su presente a través del deseo de retornar al pasado, allí donde la experiencia peronista le había revelado que existía un camino para la obtención de conquistas que no implicaba demasiados sacrificios ni una lucha prolongada y riesgosa. Todo este sector de la nueva izquierda intelectual podía así reconocerse en la idea de que el peronismo había generado en la conciencia obrera contenidos contradictorios. Atado a objetivos y límites burgueses, el proletariado no había alcanzado claridad acerca de su propia situación ni de su relación con la burguesía y era por lo tanto incapaz de percibir al estado como aparato al servicio de dominación de la burguesía, de formular objetivos propios, de pensar en formas organizativas y de acción independientes. Pero, al mismo tiempo, había logrado reconocer su existencia como clase, el poder de su peso cuantitativo, la importancia de su unidad política y de la acción política misma, identificar sus derechos tanto en el plano de las condiciones de trabajo y de vida como en el de las relaciones directas en el ámbito de producción y, finalmente, comprender la importancia de la lucha nacional antiimperialista y ubicar a la burguesía oligárquica y al imperialismo como sus enemigos principales (Aricó, 1964: 258-259 y 1965: 54); Speroni, 1963: 27-29; Vazeilles y Viñas, 1968: 44-45).

Era en esa particular configuración donde debía situarse el punto de apoyo para demostrar al proletariado que la lucha antiimperialista no podía llevarse hasta el final, y por ende tampoco podía avanzarse respecto de las mejoras que en cuanto a su situación había significado el ciclo justicialista, y ni siquiera mantenerlas, sin romper los límites del capitalismo. Las circunstancias materiales que habían permitido al nacionalismo burgués realizar cambios importantes sin modificar las estructuras de dependencia y, a la vez, practicar el reformismo a una escala suficiente como para mantener el liderazgo sobre las masas habían desaparecido. Pero una clase obrera numerosa, concentrada en las grandes ciudades, unificada y con cierta experiencia en los planos sindical y político, constituía una de las grandes dificultades a las que en esa etapa se enfrentaba la burguesía. Ahora bien, si el anclaje en el peronismo era el muro contra el que se estrellaban los intentos de subordinación de la clase obrera, no era este un elemento que por sí mismo pudiera conformar un movimiento de oposición al sistema.

Para un conjunto de intelectuales que confluyeron en esta lectura, el problema de la relación que podían establecer con la clase obrera se abordaba así desde la clásica opción de la construcción de una vanguardia, privilegiada portadora de la conciencia socialista y condición subjetiva indispensable para la revolución. La posibilidad de hallar el camino nacional para la revolución dependía, entonces, de la existencia de una organización política que pudiera dialogar con la conciencia real de la clase, acometer la tarea de esclarecerla ideológicamente y, de acuerdo al modelo clásico, introducir en ella el conocimiento que por sí sola no podía adquirir. La clase obrera había adherido masivamente al peronismo porque el máximo nivel de conciencia que podía alcanzar de forma espontánea era reformista. Así, quedaba pendiente una tarea que sólo una nueva organización revolucionaria sería capaz de cumplir (Pannunzio, 1963: 48; Portantiero, 1964: 20-21; Speroni, 1963: 29; Viñas, 1965: 52; Viñas y Vazeilles, 1968: 33).

Partiendo de una similar concepción del papel del partido como instancia fundadora de la conciencia socialista, la revista *Fichas* incorporó una óptica diferente, ya que Peña no participaba del ánimo generalizado que visualizaba en el peronismo ribetes antiimperialistas. Lejos de ello, la identificación obrera con este movimiento constituía a su juicio el mayor obstáculo a la construcción de una organización revolucionaria. La clase no estaba dispuesta a escuchar a la izquierda y mucho menos a responder a su llamado. En su perspectiva, los acontecimientos de la historia reciente mostraban que en ella habían arraigado comportamientos y núcleos ideológicos que la conformaban como un sujeto quietista y conservador, esto es, pasivo frente al despojamiento de derechos y beneficios a que se había visto sometida en los años posteriores al derrocamiento del peronismo e integrado al orden social imperante, lo que se expresaba en su apoyo a un líder y un movimiento vitalmente comprometidos en el mantenimiento del sistema capitalista. Las organizaciones políticas habían sido por completo impotentes frente a esta situación, como lo demostraba el hecho de que la “variedad de programas, que cubre toda la gama de programas que es concebible” y la “intensa actividad militante puesta al servicio de cada programa” desplegados por diversos grupos marxistas no habían dado como resultado en el curso de veinte años “ninguna influencia real entre sector alguno de la clase obrera” (Polit, 1964: 72).

Según Peña, estas características se habían desarrollado como consecuencia de las condiciones de vida a las que habían accedido las masas que, provenientes del interior del país, ingresaron al trabajo en las industrias concentradas en Capital Federal, Gran Buenos Aires y algunos centros urbanos de las provincias de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe: un nivel de ingresos relativamente alto comparado con el de los restantes trabajadores asalariados del campo y de la ciudad e incluso con sectores pauperizados de la clase media. No obstante, más importante que esos beneficios era, según Peña, que la clase los había obtenido como resultado de la combinación de una estructura caracterizada por la alta tasa de ganancia, los superbeneficios monopólicos y la inflación crónica y una coyuntura que combinó la prosperidad con un gobierno bonapartista. Esto posibilitó la redistribución de la renta nacional en beneficio de los asalariados sin conmociones sociales. En un momento crucial del desarrollo de la clase obrera, sostenía, el estado había representado un medio de progreso económico fácil, que otorgó lo que de otra manera hubiera debido obtenerse por medio de la lucha:

Esta situación ha estimulado necesariamente el quietismo del proletariado, su confianza en la posibilidad de alcanzar todos sus objetivos económicos de modo pasivo, mediante la capacidad negociadora de la burocracia sindical. Y ha estimulado también una mentalidad conservadora favorable a la conciliación de intereses entre obreros y patrones, mentalidad que de algún modo refleja la real comunidad de intereses que existe entre obreros y empresarios industriales en cuanto ambos se benefician de una estructura económica que genera altas ganancias y altos salarios industriales en perjuicio absoluto de los estratos pequeño burgueses de ingresos fijos y en detrimento relativo de los empresarios y trabajadores agropecuarios. (Polit, 1964: 78)

Ya que, de acuerdo a su hipótesis, la clase obrera no era un sujeto revolucionario por esencia ontológica sino que debía constituirse como tal en el vínculo dialéctico que se planteaba entre el nivel de conciencia alcanzado, las circunstancias de la lucha de clases y su relación con el partido, la construcción del instrumento político capaz de conducir un proceso revolucionario requería un trabajo de larga duración. El fracaso de los diversos modos de acercamiento a la clase obrera ensayados por la izquierda era para Peña el fundamento de una percepción que, aunque no auspiciara cambios en el corto plazo le parecía la única realista: que la conciencia de ésta debía ser transformada desde la raíz, que

no se trataba simplemente de la aplicación de una línea política correcta.⁴ Para que eso sucediera era preciso que el temperamento quietista de la clase se agitara por acontecimientos en los que pudiera fundarse la posibilidad de una lucha sindical que, desplegada de forma independiente de la burocracia peronista, tornara nuevamente audible el discurso de la izquierda. En ese punto, y sólo en este, la intervención de un partido, que a través de la educación y la propaganda aportara a la clase los contenidos de conciencia que ella no podía por sí misma producir, posibilitaría la fusión con el sujeto social de la revolución (Polit, 1964: 80).

En tanto espacios de articulación de perspectivas, instrumentos culturales de búsquedas individuales y colectivas, las revistas también constituyeron ámbitos propicios para la expresión del desajuste. Esto es notorio en el caso de *Pasado y Presente*, donde la intervención sobre el proletariado industrial con objeto de construir una organización en el molde leninista, convivió problemáticamente con otras apuestas. En el editorial programático del número inicial Aricó desprendía del crecimiento de la clase obrera, su concentración en grandes empresas industriales y el aumento de su peso y conciencia política que cualquier perspectiva revolucionaria solicitaba su presencia (Aricó, 1963: 5 y 12-14). Sin embargo, tres números después se preguntaba si existían las condiciones para que ella desempeñara ese papel. No sin inquietud, constataba que en los países dependientes y coloniales la conciencia obrera mostraba grandes limitaciones, no solamente allí donde tuvieron lugar procesos revolucionarios no hegemonizados por el proletariado, de reducido tamaño debido al escaso desarrollo industrial, sino también en Argentina, que contaba con una clase obrera numerosa, concentrada y fuerte. La dimensión en la que debían buscarse los obstáculos para la formación de una plena conciencia de clase era el sustrato material de la condición obrera (Aricó, 1964: 259).

Lo que Aricó planteaba como elemento novedoso en este artículo refería a una imagen que, por entonces ampliamente difundida en los análisis sociológicos sobre el mundo laboral, daba sentido a las transformaciones asociadas a la expansión de las inversiones extranjeras de fines de los cincuenta, la radicación de nuevas plantas industriales ligadas a sectores dinámicos de la economía y la modernización tecnológica: la de una aristocracia obrera cuya existencia dependía de los privilegios que le aseguraba el mantenimiento de la estructura vigente.⁵ En función del usufructo diferencial de los beneficios otorgados por algunas ramas productivas, sostenía, un segmento de la clase obrera se había integrado al sistema y transformado en una de las piezas fundamentales para su conservación. El proletariado industrial de las grandes empresas recientemente surgidas de las inversiones extranjeras constituía a su juicio un grupo relativamente privilegiado con respecto a obreros no calificados, peones, proletarios rurales, etcétera e incluso cuando podía mostrar cierta combatividad en el terreno reivindicativo, era indiferente a la política del conjunto del movimiento (Aricó, 1964: 260).

⁴ Peña extendía sus críticas al conjunto de los grupos marxistas, políticos e intelectuales —entre ellos citaba a un artículo de Portantiero (Portantiero, 1964)—, toda vez que éstos se afanaban en hallar, y creían encontrar, en el proletariado núcleos más conscientes del antagonismo de clases y con mayor disposición militante, cuando éste no mostraba disposición alguna a combatir el sistema (Polit, 1964: 72-73).

⁵ La hipótesis del “aburguesamiento” de la clase obrera formaba parte de un clima ideológico más amplio, vinculado a las transformaciones experimentadas por las sociedades capitalistas centrales en el período de posguerra. Así, hacia fines de la década del '50 y durante toda la siguiente la aceleración del crecimiento económico y la expansión del consumo fueron consideradas signos que anunciaban la posibilidad de una mayor participación de los trabajadores en los valores reconocidos por el sistema social imperante (Jelin y Torre, 1982).

Aricó reconocía que, como portadora de los valores fundadores de una nueva sociedad, la clase obrera industrial estaba llamada a cumplir una función directiva sobre el conjunto de las clases subalternas. Pero en ese mismo gesto señalaba que en el contexto del atrasado capitalismo argentino, caracterizado por la coexistencia de centros industriales de elevado desarrollo y regiones donde predominaban las relaciones precapitalistas, el eje revolucionario debía completarse con las masas campesinas y semiproletarias del noroeste del país, el eslabón más débil de la cadena de la explotación, que desde su punto de vista constituía, después del proletariado urbano y rural de la zona capitalista, “el elemento social más revolucionario de la sociedad argentina”. Y si bien advertía que la rebeldía “natural” de las masas pauperizadas debía ser educada por el proletariado, el problema se planteaba porque éste se hallaba integrado a ese mismo sistema mediante un aparato sindical burocratizado y reformista (Aricó, 1964: 260-261). Entonces, ¿cómo romper el círculo, cómo sacar del estancamiento al conjunto de los explotados?

Así, apenas insinuada la cuestión de la organización revolucionaria, el editorial firmado por Aricó tomaba eventualmente distancia de cierta visión del rol de la dirección política del partido, según la cual éste debía intervenir para iniciar un proceso de masas capaz de disputar la hegemonía burguesa en la sociedad, y ponía en primer plano la discusión sobre el foco guerrillero, en la perspectiva de que éste lograra desde arriba, como en Cuba y Argelia, “estimular, acelerar, la maduración de una situación revolucionaria directa”. Frente a un movimiento obrero integrado, la activación del proceso demandaría la movilización desde los márgenes del sistema (Aricó, 1964: 252). Los dos siguientes volúmenes de *Pasado y presente* explorarían esta senda, con la publicación de textos que aunque no saldaban la cuestión con un posicionamiento definitivo, sí abrían la polémica sobre cuestiones vinculadas a la lucha armada, sus condiciones, lugares y momentos, su sujeto y también su relación con el conjunto de los frentes de combate contra el sistema.

Con esta relocalización, Aricó no estaba poniendo en discusión la centralidad del proletariado en el bloque de fuerzas que se necesitaba articular para iniciar la dinámica revolucionaria. Pero sí manifestaba su desconcierto ante el “conservatismo” que observaba en los trabajadores de los sectores emergentes y dejaba lugar para la incertidumbre: ¿era posible que sus potencialidades revolucionarias se realizasen, que éste se transformase “en clase hegemónica, en dirigente del proceso de renovación de toda la sociedad argentina”? Desde su perspectiva, era “pura ingenuidad sociologista” el supuesto “de una masa obrera siempre lista para la lucha, esperando la voz de la vanguardia para hacer la revolución, pero que es traicionada permanentemente por la burocracia peronista, de la que no se puede **deshacer**” (Aricó, 1964: 260).

Poco más de un año después, la revista recogía la interpelación de los procesos que estaban madurando en Córdoba. Su informe sobre el único conflicto significativo que tuvo lugar en las plantas cordobesas de la Fiat antes de la experiencia clasista de 1970-1971 daba cuenta con una intensidad nueva de la apuesta al proletariado industrial (*Pasado y presente*, 1965). En el artículo que prologaba ese material, Aricó señalaba que los trabajadores de las grandes empresas conformaban un actor clave para concretar un proyecto político revolucionario (Aricó, 1965: 48). Ya sin rodeos, admitía que la identificación del conjunto de la clase con la ideología peronista había sido el mayor obstáculo a los intentos de integrarla al sistema encarados por la clase dominante: al unificarla sindical y políticamente –sostenía– ésta había contrarrestado las tendencias a la conservatización derivadas de su misma situación, particularmente notorias en el caso de la fuerza laboral de las industrias modernas. Y se permitía indicar, en un sordo contrapunto con los análisis sociológicos que, como el de Peña, visualizaban únicamente la realidad de la integración, que el “momento de quietud” y el “momento de lucha” debían ser analizados como dos

campos específicos y que el contenido político anticapitalista siempre subyacente a éste último permitiría a la izquierda revolucionaria plantear “el tema del socialismo”, “poner en el centro de la conciencia obrera el problema del poder” (Aricó, 1965: 54-55).

El examen concluía con la conjetura de un cierre posible para el resquicio que esa realidad ofrecía, que ponía nuevamente en cuestión la concepción de la izquierda, vieja o nueva, sobre el partido revolucionario. Según la tesis genéricamente defendida por ésta, la garantía de aproximación a la clase trabajadora se situaba en la conformación de una vanguardia que, autoproclamada su órgano revolucionario, terminara por atraerla hacia su proyecto. Pero en su representación del futuro posible, no había lugar para las fórmulas que, ya ensayadas, habían probado su ineficacia. Si el objetivo era intervenir para organizar y conducir el descontento obrero, entonces resultaba imprescindible situarse en el terreno de la fábrica y construir desde allí una “categoría especializada de intelectuales” a partir de la cual el proletariado se desplegara como fuerza ideológica, política y organizativamente autónoma. Esta proposición suponía reformular el viejo –pero todavía no resuelto en la tradición de la izquierda– asunto de la relación entre intelectuales y clase obrera, que aparecía como el problema fundamental para todo “joven intelectual proveniente de las capas medias” que quisiera “fundirse con la clase obrera”. Ahora bien, el campo de interrogantes que ella delimitaba requería de nuevos instrumentos y Aricó anunciaba la continuidad del análisis en un número cuya aparición impedirían las turbulencias de la historia (Aricó, 1965: 55). Lo que suceda y se escriba entre 1966 y 1973, el año en el que ese texto termina por aparecer, se imprime sobre otro mundo de posibilidades.

A modo de (incompleto) cierre: los intelectuales y los límites de lo pensable

En el centro de una dinámica de producción en la que se cruzan itinerarios individuales y proyectos colectivos, las preocupaciones del “campo político” intersecan una red de posicionamientos, frecuentemente divergentes y siempre provisorios, articulados en la serie discursiva que se ha examinado en este trabajo. Si por razones de espacio no es posible abordar aquí ni los puntos de contacto ni los de ruptura entre esas colocaciones y las de diversas organizaciones políticas y tradiciones teóricas de la izquierda, se impone dejar planteado que si algo manifiestan tales recorridos es que la articulación de ese espacio dialógico en torno a la revolución estuvo habitada por una tensión entre las funciones políticas y las propiamente intelectuales. En torno a dicha tensión adquirió un relieve particular una figura identificada por Silvia Sigal: la del “militante cultural”, que busca salvar la escisión entre conciencia revolucionaria y acción del sujeto histórico a través de la generación de núcleos irradiadores de ideología, de la creación de un mundo de lectores (Sigal, 1991: 196). En este sentido, las revistas expresaron una estrategia de intervención por medio de la cual los intelectuales buscaron ocupar un lugar en relación a los proyectos emancipatorios de las izquierdas. Desde las más ambiciosas empresas de elaboración teórica hasta los fugaces intentos de dar difusión pública a un posicionamiento, estos itinerarios remiten a un tipo de práctica discursiva que tramitó búsquedas políticas a través de indagaciones intelectuales y cuyas construcciones se movieron de modo vacilante entre lo específico de su posición en el proceso de producción y la plena asunción de una subjetividad que interpreta, crítica e interviene en una circunstancia precisa. Aunque, por cierto, las respuestas que se buscaban no se originarían en ese “lugar imposible”⁶.

Referencias:

⁶ Refiriéndose a los intentos intelectuales de tomar su lugar “junto al proletariado”, se preguntaba Walter Benjamin: “Pero cuál es este lugar? El de un protector, el de un mecenas ideológico. Un lugar imposible.” (Benjamin, 1998: 124).

- Altamirano, Carlos (2011). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Aricó, José María (1963). “Pasado y presente”. En: *Pasado y presente*, Año I, Nº 1, Córdoba.
- _____ (1964). “Examen de conciencia”. En: *Pasado y presente*, Año I, Nº 4, Córdoba.
- _____ (1965). “Algunas consideraciones preliminares sobre la condición obrera”. En: *Pasado y presente*, Año III, Nº 9, Córdoba.
- Bajtín, Mijaíl (1982). *Estética de la creación verbal*, México: Siglo XXI.
- Benjamin, Walter (1998). “El autor como productor”. En: *Tentativas sobre Brecht. Iluminaciones III*, Madrid: Taurus.
- Bubnova, Tatiana (2006). “Voz, sentido y diálogo en Bajtín”. En: *Acta Poética. Revista semestral del Centro de Poética*, Vol. 27, Nº 1, México DF: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Carri, Roberto (1967). *Sindicatos y poder en la Argentina*, Buenos Aires: Sudestada.
- Dosse, François (2006). *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Publicacions de la Universitat de València.
- Fronzizi, Silvio (1957). *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica*, Buenos Aires: Praxis. Tomo I: *El sistema capitalista*.
- Germani, Gino (1962). *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires: Paidós.
- Gilman, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- James, Daniel (1990). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Jelin, Elizabeth y Torre, Juan Carlos (1982). “Los nuevos trabajadores en América Latina: una reflexión sobre la tesis de la aristocracia obrera”. En: *Desarrollo económico*, Volumen 22, Nº 85, Buenos Aires: Instituto de Desarrollo económico y social.
- Marsal, Juan (1966). “Los intelectuales latinoamericanos y el cambio social”. En: *Desarrollo económico*, Volumen 6, Nº 22/23, Buenos Aires: Instituto de Desarrollo económico y social.
- Marx, Karl (1973). *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires: Anteo.
- Medinabeytia, Fernando (1964). “¿Puede pensar un militante de izquierda? En: *Táctica*, Año I, Nº 1.
- Moreno, Nahuel (1949). “Movilización antiimperialista o movilización clasista”. En: *Revolución Permanente*, Año I, Nº 1, Buenos Aires.
- Palassoli, Ovidio (1968). “Carri: erudición y populismo”. En: *Revista de problemas del tercer mundo*, Nº 2, Buenos Aires.
- Pannunzio, Raúl (1963). “La alienación política de las izquierdas”. En: *Revista de la liberación*, Año I, Nº 2, Buenos Aires.
- Parera Dennis, Alfredo (seudónimo de Milcíades Peña) (1964). “Una década decisiva en la formación de la moderna clase obrera argentina: 1935-1945”. En: *Fichas de investigación económica y social*, Año I, Nº 3, Buenos Aires.

- Parera Dennis, Alfredo (seudónimo de Milcíades Peña) (1965). “Apuntes para una historia del peronismo. III. El gobierno del «como si»: 1946-1955”. En: *Fichas de investigación económica y social*, Año II, N° 7, Buenos Aires.
- Pasado y Presente (1965), “Informe preliminar sobre el conflicto Fiat”. En: *Pasado Presente*, Año III, N° 9.
- Piglia, Ricardo (1965). “Literatura y sociedad”. En: *Literatura y sociedad*, Año I, N° 1, Buenos Aires.
- Polit, Gustavo (seudónimo de Milcíades Peña) (1964). “El legado del bonapartismo: conservadorismo y quietismo en la clase obrera argentina”. En: *Fichas de investigación económica y social*, Año I, N° 3, Buenos Aires.
- Portantiero, Juan Carlos (1963). “Política y clases sociales en la Argentina actual”. En: *Pasado y presente*, Año I, N° 1, Córdoba.
- _____ (1964). “Crisis en la izquierda argentina”. En: *Táctica*, Año I, N° 1, Buenos Aires.
- _____ (1964). “Un análisis marxista de la realidad argentina”. En: *Pasado y presente*, Año II, N° 5-6, Córdoba.
- _____ (1965). “Socialismo y nación”. En: *Nueva política*, Año I, N° 1, Buenos Aires: Instituto de Estudios Argentinos.
- Puiggrós, Rodolfo (1956). *Historia Crítica de los partidos políticos argentinos*, Buenos Aires: Argumentos.
- Ramos, Jorge Abelardo (1965 [1957]). *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. Historia de la Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires: Plus Ultra. Tomo I.
- Rancière, Jacques (2010). *La noche de los proletarios. Archivos del sueño obrero*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Revista de problemas del tercer mundo (1968). “Editorial”. En: *Revista de problemas del tercer mundo*, N° 2, Buenos Aires.
- Rubinich, Lucas (2003). “La modernización cultural y la irrupción de la sociología”. En: James, Daniel (Dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires: Sudamericana (Nueva Historia Argentina, Tomo 9).
- Rubinstein, Juan Carlos (1965). “El peronismo y la vida argentina”. En: *Fichas de investigación económica y social*, Año II, N° 8, Buenos Aires.
- Sarlo, Beatriz (1992). “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”. En: *América: Cahiers du CRICCAL*, n° 9-10.
- Sigal, Silvia (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires: Puntosur.
- Sisto, Vicente (2015), “Bajtín y lo social: hacia la actividad dialógica heteroglósica”. En: *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, Vol. 15, N° 1, Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona.
- Skinner, Quentin (2000). “Significado y comprensión en la historia de las ideas”. En: *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, Año IV, N° 4,

- Speroni, José (1963). “Notas para un balance sindical de los últimos años”, en: *Revista de la liberación*, Año I, N° 2, Buenos Aires.
- _____ (1964). “El peronismo y la izquierda”. En: *Revista de la liberación*, Año II, N° 3, Buenos Aires.
- Tarcus, Horacio (1996). *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires: El cielo por asalto.
- Terán, Oscar (2013). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vazeilles, José y Viñas, Ismael (1968). “Sindicatos 1968: los límites del reformismo”. En: *Revista de problemas del tercer mundo*, N° 2, Buenos Aires.
- Viñas, Ismael (1965). “Hora cero de la izquierda: organización política y fuerza revolucionaria”. En: *Nueva política*“, Año I, N° 1, Buenos Aires: Instituto de Estudios Argentinos.
- _____ (1968). “¿Existe la burguesía nacional?”. En: *Revista de problemas del tercer mundo*, N° 1, Buenos Aires.